

Automatizaciones de lo americano en *La Araucana*

Gaspar Garrote Bernal

(ggb@uma.es)

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Resumen

Una lengua poética como la épica tiende a la automatización, en relación directa con la amplia cantidad de espacio que ocupar. Dependiente de los modelos virgiliano y lucanesco, *La Araucana* guía su argumento sobre la base de estereotipos, descriptivos y de oposición de fuerzas en conflicto.

Abstract

A poetic language like the epic tends to automation, in direct relation with the large amount of space to occupy. *La Araucana*, dependent on the Virgil and Lucan patterns, guides its argument on the basis of stereotypes, both descriptive and of opposition of forces in conflict.

Palabras clave

Alonso de Ercilla
Poesía española del Siglo de Oro
Poesía épica
América
Araucanos

Key words

Alonso de Ercilla
Spanish Golden Age poetry
Epic poetry
America
Araucanians

AnMal Electrónica 41 (2016)
ISSN 1697-4239

ELEMENTOS DE UNA AUTOMATIZACIÓN PAISAJÍSTICA

América es una gigantesca ausencia en *La Araucana*. En efecto, naturaleza y topografía del «término américo-indiano» (XXXIV, 3, 3)¹, según lo denomina Alonso de Ercilla, quedan muy en segundo plano, por ser el interés prioritario de la materia épica un relato ajeno a la diferencia entre lo historiográfico y lo propagandístico². En

¹ Cito siempre por Ercilla (1569-1589), indicando el canto (en romanos), la estrofa y los versos correspondientes.

² Síntesis de aportaciones sobre la mezcla de lo historiográfico y lo fantástico en Ercilla brinda [Mejías-López \(1992: 279, n. 1\)](#).

todo caso, la presentación de *La Araucana* como historia procede de una codificación previa: «teniendo en cuenta como modelo» *La Farsalia*, «Ercilla quiso justificar el carácter fuertemente histórico de su epopeya» ([Cristóbal 1995: 75](#)). Así que el paisaje que tanto deslumbró a los cronistas³, las costumbres de los indígenas, la flora y la fauna de las regiones mencionadas en el texto, se incorporan a éste apenas como mero telón de fondo, un tanto desdibujado, para la acción bélica. En la estrofa que mereció a Ercilla la consideración nerudiana de ser «inventor de Chile» ([Dichy-Malherme 2012: 85-86](#)), la *fértil provincia* en que se desarrollará la acción es apenas el encuadre para destacar el carácter indómito de sus pobladores: «Chile, fértil provincia y señalada / en la región antártica famosa, / de naciones remotas respetada / por fuerte, principal y poderosa» (I, 6, 1-4). El fragmento obedece a «una concepción típica de la historiografía colonial de las provincias americanas: nunca se tratan por separado la geografía y la historia» ([Dichy-Malherme 2012: 90](#)).

Focalizado en la beligerancia entre españoles y araucanos, indiferente o ciego para la descripción del mundo que circunda a los héroes y las víctimas, resulta asimismo el testimonio de Ercilla, proyectado sobre un yo que participa en parte de los hechos que narra, como testigo o —en el análisis de [Sttopen Galán \(2010\)](#)— *histor* de los mismos, y a veces como protagonista que suple «la carencia de un héroe que centre en torno de sí los acontecimientos» ([Cristóbal 1995: 78](#)), que en todo caso suelen quedar independizados de su paisaje. Paradigmáticos resultan, en este sentido, algunos fragmentos: cuando un indio prisionero guía a los españoles hasta el refugio de Caupolicán, la descripción del itinerario apenas se intercala levemente (XXXIII, 57, 60, 62, 64 y 66). Y el mar deja de serlo en cuanto se detiene ante la acción humana de la batalla, en variante del motivo clásico de la naturaleza deteniéndose ante el canto órfico: «El gran rumor y voces espantosas / en los vecinos montes resonaban, / el mar confuso al fiero són retrujo / de sus hinchadas olas el reflujo» (XXV, 75, 4-8). No es de extrañar este impulso órfico, teniendo en cuenta que Virgilio, el otro modelo fundamental de Ercilla, «estructura su *corpus*» sobre

³ A partir de textos de los historiadores de Indias, Martínez Val ilustró aspectos como el principio de conexión y causalidad de los fenómenos geográficos; la explicación geográfica precedida de detalladas observaciones; la geografía botánica; la explicación climatológico-topográfica; los contrastes como términos de comparación; el hombre como creador de paisaje; la geografía de la ciudad, y la consideración económico-militar de la geografía (1945: 308-322).

Orfeo y su «doctrina filosófica», creando una poesía «atenta al orfismo en la medida en que nos habla de los valores metapoéticos del lenguaje, capaces éstos de conmovier a la naturaleza» ([Bauzá 2015: 253](#)).

Geografía mitificada y estereotipada

En los siglos XV y XVI, «el concepto del paisaje geográfico está todavía en elaboración», mientras la Geografía se hallaba en trance «de liberarse de los moldes clásicos y adquirir nuevas formas» (Martínez Val 1945: 295). El pasmo de Solar Correa —«sorprende en *La Araucana* la ausencia del paisaje»; por «insensibilidad óptica», Ercilla «no reparó en lo más admirable que Chile podía ofrecerle: su naturaleza» (1933: 12-13)— resulta, por tanto, un anacronismo interpretativo. Es normal, dado su horizonte cultural, que en *La Araucana* sean escasos los momentos en que la descripción paisajística se independice de tópicos asentados en la tradición poética:

Que aquel sitio cercado de montaña
ques en un bajo y recogido llano,
de acequias copiosísimas se baña
por zanjas con industria hechas a mano;
rotas al nacimiento, la campaña
se hace en breve un lago y gran pantano,
la tierra es honda, floja, anegadiza,
hueca, falsa, esponjada y movediza. (XII, 34)

Aun así, los dos últimos versos de esta estrofa revelan más el modo de la *descriptio* acumulativa —en este caso de adjetivos—, un recurso típicamente ercillano ([Lerner 2012: 150-151](#)). En efecto, el paisaje en *La Araucana* suele aparecer estereotipado. Ercilla mira más con los ojos de los clásicos que con los suyos; así que el armazón de su poema queda anclado sobre motivos de la tradición poética, procedentes especialmente de la *Eneida* ([Cristóbal 1995: 78-101](#))⁴ y la *Farsalia*:

⁴ Cfr. su revisión: la introducción (declaración de canto y écfrasis topográfica), la tempestad, las comparaciones autónomas naturalistas, los juegos deportivos y la paloma muerta, las visiones del futuro, el catálogo de guerreros y las series de nombres propios, el horror marcial y la reescritura de personajes como Dido, la Fama, Niso y Euríalo, Camila y las Furias.

«Naturally, Ercilla was much influenced by the great Spanish poet who wrote the most original of Roman epics: Lucan of Cordova» (Highet 1947: 329)⁵. El paisaje épico, en efecto, no pasaba de ser un primitivo y sucinto decorado, y la Poética no disponía a los autores hacia la descripción de la Naturaleza: «No se puede, después de todo, describir lo que de hecho no se ve» (Perelmuter-Pérez 1986: 131). De Chile se destaca así la mera topografía (I, 6-10)⁶:

Es Chile norte sur de gran longura,
costa del nuevo mar, del Sur llamado,
tendrá del leste a oeste de angostura
cien millas, por lo más ancho tomado;
bajo del polo Antártico en altura
de veinte y siete grados, prolongado
hasta do el mar Océano y chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares que pretenden,
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas y sus olas tienden,
mas esles impedido el allegarse;
por esta parte al fin la tierra hienden
y pueden por fin comunicarse.
Magallanes, Señor, fue el primer hombre
que abriendo este camino le dio nombre. (I, 7-8)

⁵ La breve nota de Highet se detiene, a pesar de su título, en un solo caso: la huella de *Farsalia*, IX, 822-825 y 700-733, sobre *La Araucana*, VII, 30 y XXIII, 49-54.

⁶ Quizá por ello sea excesiva esta conclusión sobre el pasaje: «El poeta se vale de los instrumentos tradicionales de la cartografía para enseñar no sólo la geografía física del país, sino también su geografía histórica, política e incluso hipotética», así que «logra integrar a su mapa narrativo, símbolo del dominio cognitivo y concreto sobre el territorio, todos los elementos que revelan los límites de este dominio: la duda y el error, las fuerzas ocultas de la naturaleza, la imprevisibilidad del futuro. Es como si el territorio estuviera manifestando su independencia irreductible, tanto respecto al cartógrafo como respecto al soldado conquistador que se había creído capaz, como el primer gobernador Pedro de Valdivia, de someterlo a su visión y a su palabra, sin tomar en cuenta la resistencia de sus habitantes» ([Dichy-Malherme 2012: 102](#)).

«El apóstrofe “señor” recuerda la presencia simbólica del rey y la convención ariostesca (y, en último término, homérica) del poema como recitación oral», indica Dichy-Malherme ([2012: 99](#)), que comenta estupendamente este fragmento. No en vano, Ercilla dota

a descripciones como esta, cuyo valor significativo parece limitarse a un plano puramente referencial, de bagaje figurativo e ideológico. Esta corografía en verso se basa, no solamente en la geografía chilena actual, sino en la geografía literaria de la *Farsalia* de Lucano, donde tierra y mar se convierten en símbolos de guerra civil ([Padrón 2004: 518](#)).

Más acá de simbolismos, incluso de los eróticos que pudiera haber en el motivo ercillano del *en estrecho puesto* ([Padrón 2004: 519-520](#)), *La Araucana* sintetiza la topografía chilena en la llamativa largura del territorio, bañado por el mar al oeste y recorrido por una sierra al este: «Digo que norte sur corre la tierra, / y báñala del oeste la marina, / a la banda de leste va una sierra / que el mismo rumbo mil leguas camina» (I, 10, 1-4). Dentro se halla Arauco, que «está a treinta y seis grados» (I, 11, 3) y que «veinte leguas contienen sus mojonos» (I, 12, 7).

Mucho después, el mago araucano Fitón —otro personaje prototípico de la ercillana mezcolanza entre lo europeo y lo americano ([Mejías-López 1992](#))— mostrará al narrador todo el orbe, a través de un precedente del aleph borgesiano. Tras las tierras europeas, africanas y asiáticas, aparecen las del Nuevo Mundo (XXVII, 39-48), en viaje que empieza en las Terceras portuguesas (las Azores), continúa por el Caribe, la Florida, Nueva España, Panamá, la zona de la actual Colombia, Venezuela y las tierras del Perú, y termina en Chile y Arauco:

Vees, volviendo a la costa, los collados
que corren por la banda de Atacama
y la desierta costa y despoblados
do no hay ave, animal, yerba ni rama.
Vees los copayapos, indios granados,
que de grandes flecheros tienen fama,
Coquimbo, Mapochó, Cauquén y el río
de Maule, y el de Itata y Biobío.

Vees la ciudad de Penco y el pujante

Arauco, estado libre y poderoso;
Cañete, la Imperial y hacia el levante
la Villa Rica y el volcán fogoso;
Valdivia, Osorno, el lago y adelante
las islas y archipiélago famoso,
y siguiendo la costa del sur derecho
Chiloé, Coronados y el estrecho
 por donde Magallanes con su gente
al Mar del Sur salió desembocando. (XXVII, 49-50 y 51, 1-2)

Estas estrofas ofrecen la cifra del paisaje chileno y araucano presente en el poema de Ercilla, y el peculiar tratamiento que allí tiene: una sucesión de nombres que evocan tierras, ríos, valles y cordilleras, así como unos estereotipos que resumen la percepción paisajística: «la desierta costa y despoblados», por caso, es sintagma repetido con variaciones (XIII, 27, 7 y XXVII, 49, 3). Una lengua poética como la épica tiende, en relación directa con la amplia cantidad de espacio que ha de ocupar, al automatismo. De modo que la «representación» ercillana de los sitios se caracteriza por ser «puramente retórica», según Perelmuter-Pérez, que añade:

Los elementos (fuentes, vientos, yerba, flores, pájaros, árboles) y la adjetivación (claras, deleitoso, templados, dulcísima, etc.) apuntan a una naturaleza ideal que no delata particularidad alguna de ese Nuevo Mundo que Ercilla estaba explorando (1986: 139).

Un atisbo de estereotipos descriptivos ercillanos figura en las dos breves listas que Solar Correa dispuso tras «espigar aquí y allá numerosos versos sueltos» que permiten «entrever el carácter y magnificencia de aquello que él [Ercilla] creyó ingrato y pedregoso secadal» (1933: 14-15). Tres son los que con más frecuencia resumen el paisaje terrestre: *espacioso*, *despoblado* y *desierto*: «aquellos prados espaciosos» (IV, 77, 5); «el espacioso llano» (IV, 89, 3); «el dispuesto llano y espacioso» (XXV, 34, 5)⁷. De hecho, el llano sintetiza toda la percepción del paisaje recorrido, por su reiteración: «el esento y pedregoso llano» (XXV, 42, 1). El territorio suele evocarse como carente de población («los despoblados ásperos» [I, 49, 2]), sobre todo con el término *desierto*, que designa también a las tierras sin cultivar

⁷ Otro sintagma, «la espaciosa tierra y sol» (XIX, 18, 8), se refiere al orbe completo.

(*inculto*): «la inculta marina más desierta» (XXX, 62, 6); «sin camino y en desierta / tierra» (XXXV, 30, 5-6); «desiertos campos pedregosos» (XII, 11, 5), expresión próxima a la empleada por Ercilla en el prólogo «Al lector» de la Segunda parte, según el cual los araucanos «sólo defienden unos terrones secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos». Cercano a este estereotipo están las «yermas estancias y heredades» (XXXII, 28, 2).

Estereotipo opuesto es el nucleado en torno al adjetivo *fértil*, que dice de una tierra exuberante de vegetación: «esta deleitosa y fértil tierra, / abundante, capaz y suficiente / para poder sufrir gente de guerra» (XII, 44, 2-4); «la comarca tan poblada, / fértil de todas cosas y abundante» (XXX, 29, 1-2); «Pasó de Villarrica el fértil llano / que tiene al sur el gran volcán vecino» (XXXIV, 46, 1-2); «era fértil y abundante el año / los campos en cogollos y berza estaban» (XXVII, 57, 3-4). Y tierra también rica en metales preciosos, como «la ciudad más fértil de oro» (II, 88, 4), Penco, lugar «fértil de ricas minas de oro fino» (VII, 56, 1).

Estamos ante el testimonio de un proceso que había llegado a mitificar la riqueza vegetal, mineral y animal americana, una mitificación que para la lengua poética ercillana sólo es posible desde el modelo pastoril, bucólico o virgiliano:

mirad los campos fértiles viciosos
que os tienen su tributo aparejado;
las ricas minas y los caudalosos
ríos de arenas de oro y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido
buscando a su pastor desconocido. (VII, 25, 3-8)

A tal modelo eglógico pertenecen asimismo esos «ríos de arenas de oro» que remiten, entre otros textos, al garcilasiano «Las telas eran hechas y tejidas / del oro que'l felice Tajo envía, / apurado después de bien cernidas / las menudas arenas do se cría» (égloga III, 105-108). El motivo, «documentado en Estrabón y Plinio, entre otros», es de «amplia tradición» ([Pérez-Abadín Barro 2009: 91](#)) y estaba ligado a la extracción fluvial del oro. Así pues, los lugares de Ercilla se van revelando como lugares textuales: «los prados y jardines que se retratan en estos versos llevan el sello innegable de lo pastoril», de modo que «Si no con un mapa de Chile», «el poeta nos deja con un mapa de sus lecturas» (Perelmuter-Pérez 1986: 133). Esta mitificación poética roza asimismo el espacio del *locus amoenus* americanizado, un

tópico que, explotado por Ercilla en otras circunstancias, a las que luego iré, deviene en la consideración paradisíaca, como en «el espacioso y fértil raso» (XXXV, 40, 6) de Ancud, lugar mencionado por el veterano soldado araucano Tunconabala:

Tenéis de Ancud el paso y estrechez
cerrado de peñascos y jarales,
por do quiso impedir naturaleza
el trato a los vecinos naturales;
cuya espesura grande y aspereza
aun no pueden romper los animales,
y las aves alígeras del cielo
sienten trabajo en el pasarle a vuelo. (XXXIV, 61)

Síntesis del modo narrativo de *La Araucana*, un compuesto de información y propaganda, de poesía e historia, la expedición a Ancud (1558) resulta «de una veracidad histórica y de una precisión geográfica e incluso cronológica prácticamente irreprochables», pero el autor ensombrece con sus silencios y su colectivo *nosotros* a García Hurtado de Mendoza, organizador de la expedición y gobernador que había condenado a muerte a Ercilla ([Álvarez Vilela 1995: 78-79 y 82](#)). En lo descriptivo, el paraíso de Ancud —«y al pie del monte y áspera ladera / un estendido lago y gran ribera» (XXXV, 40, 7-8)— se revela como «ancho arc[h]ipiélago poblado / de innumerables islas deleitosas, / cruzando por el uno y otro lado / góndolas y piraguas presurosas» (XXXV, 41, 1-4). Esta «presencia sostenida» de la imagen paradisíaca en *La Araucana* es «reflejo de la ubicuidad del motivo edénico en la literatura de la época» (Perelmuter-Pérez 1986: 141).

Ríos y valles

En el paisaje de *La Araucana* son muy relevantes los ríos, que, entre otras funciones, sitúan geográficamente al receptor ante los itinerarios recorridos por indígenas y conquistadores:

De allí llegó [Valdivia] al famoso Biobío
el cual divide a Penco del Estado,

que del Nibequetén, copioso río,
y de otros viene al mar acompañado;
de donde con presteza y nuevo brío,
en orden buena y escuadrón formado
pasó de Andalicán la áspera sierra,
pisando la araucana y fértil tierra. (I, 62)

Esta mención del Biobío es frecuente. A veces, como en la estrofa recién citada y en el siguiente caso, en compañía del Nibequetén: «[...] los que habitan la ribera / del gran Nibequetén, que su corriente / no deja a la pasada fuente y río, / que todos no los traiga al Biobío» (XXI, 32, 5-8). Para el rasgo del tratamiento estereotípico del paisaje que atendí más arriba, compárese «al entrar de la noche se hallaron / en la estrema ribera de Biobío / adonde pierde el nombre y ser de río» (VII, 3, 6-8) con «la ribera / del río que muda nombre en cada asiento» (XXX, 25, 3-4) y con «el claro Gualebo, manso río, / después que sus viciosos campos riega, / el nombre y agua al ancho Itata entrega» (XX, 40, 6-8), casos en que se detecta una fórmula retórica que conjuga toponimia (*nombre*) y accidente geográfico (*río, agua*).

La geografía fluvial se completa con los ríos Maule, Itata y Andalién («y el Maule y raudo Itata atravesando, / llegó al Andalién, do la famosa / ciudad fundó de muros levantada» [I, 60, 5-7]; «Maule el raudo curso refrenaba / confuso al són que en torno ribombaba» [XI, 79, 7-8]; «con recio movimiento / baja de un monte Itata caudaloso» [XII, 43, 1-2]; «el raudo Itata apresurado / baja a dar su tributo al mar salado» [XII, 44, 7-8]); Claro («la corva ribera del río Claro, / que vuelve atrás en círculo gran trecho, / después hasta la mar corre derecho» [XI, 47, 6-8]); Talcaguano («en breve se alejaba / del Talcaguano término y ribera» [XXII, 6, 3-4]); Rauco («la bajada de un repecho / cerca de dos caminos desusados, / por donde corre Rauco más estrecho, / que le ciñen dos cerros los costados» [XXIII, 27, 1-4]), y Lauquén («a la ribera de Lauquén salimos» [XXVIII, 30, 6]). Extra-araucana es la mención del «gran Marañón» (XXXVI, 38, 2). Como se aprecia, de la geografía fluvial araucana suele destacar Ercilla el carácter *raudo* de las corrientes; en ocasiones, el cierre estrófico de la octava coincide con el relato de la desembocadura del río en el mar.

Los valles son también frecuentes para trazar el fondo paisajístico en el poema. Por lo general, Ercilla no va más allá de una leve nominación: «el gracioso / valle de Talcamávida importante / de pastos y comidas abundante» (VII, 34, 6-8); el Quilacura, «ques un valle estendido y muy poblado / de gente rica, de oro y de

ganado» (XXI, 39, 7-8); el Millarapué (XXV, título) y el Lincoya (XXVI, 30, 4). Los valles dan idea de lugar de acogida, que subrayan las recurrentes voces *cómodo*, *acomodado* y *alojar*: «un cómodo valle y escondido» (XXXIV, 41, 2); «Al araucano valle, pues, bajamos, / que el mar le bate al lado de poniente, / donde en llano lugar nos alojamos / de comidas y pastos suficiente» (XXIII, 21, 1-4); «arribamos a un valle muy poblado, / por donde un gran arroyo atravesaba, / de cultivadas lomas rodeado; / y en la más llana que a la entrada estaba, / por ser lugar y sitio acomodado, / la gente se alojó por escuadrones» (XXIV, 100, 2-7).

Montes y sierras

Frente a los valles, acogedores, las montañas, las sierras y accidentes geográficos similares son lugares regidos por la *aspereza*: «una espesa y áspera quebrada» (XXVI, 4, 1); «un áspero risco y monte espeso» (XXVIII, 71, 2); «la espesura de montes y aspereza / y el fruto de aquel suelo miserable» (XXXV, 21, 5-6); «El cerro, el monte, el risco y la aspereza» (XXXV, 28, 5). Por su parte, la sierra es *tajada* o *fragosa*, es decir, «áspera y quebrada», según Covarrubias (1611): «Por orden de natura no sabida / [...] / fue causa de tajarse aquella sierra» (VI, 46, 1 y 4); «el cerro era tajado» (XX, 11, 8); «atravesando la fragosa sierra» (XIII, 41, 3); «la fragosa sierra le amparaba» (XXII, 41, 6); «la tierra, era adelante montuosa; / respondiéonos el viejo sonriyendo / ser más áspera, dura y más fragosa» (XXXV, 22, 2-4). En todo caso, ser inaccesible es el rasgo más destacado de lo montañoso, lo que repercute en el estado de ánimo de los conquistadores: «hallaréis una sierra y otra sierra / y una espesura y otra y otras ciento» (XXXV, 17, 3-4). Entonces recurre el signo *riscos*: «abriendo pasos y cerradas vías / rematadas en riscos despeñados» (XXXV, 10, 3-4); «el yerto risco y empinada cuesta» (XXXV, 39, 3)⁸.

Junto a la mención del «monte andalicano» (VIII, 9, 4 y XXII, 8, 4), referido a Andalicán (*andálico* en IV, 89, 5), nombre indígena (Canfield 2009: 175, s. v. *pencones*), aparece también «la purena sierra» (XXVII, 59, 5), clave entre otras cosas porque

⁸ Para el valor del mismo signo en un conocido de Ercilla, Vicente Espinel, cfr. Garrote Bernal (2001: 96-97).

Es el camino de Purén derecho
hacia la entrada y paso del Estado [=Arauco];
después va en forma oblica largo trecho
de los ásperos cerros apretado,
y vienen a ceñirle en tanto estrecho
que apenas pueden ir dos lado a lado,
haciendo aún más angosta aquella vía
un arroyo que lleva en compañía. (XXVIII, 54)⁹

No es infrecuente que el monte se ligue a la espesura de un bosque o de una zona de matorrales: «la espesa falda de la sierra» (XXV, 76, 8); «la inculta breña y selva espesa» (XXVI, 5, 3); «cerca de un bosque espeso y alta sierra» (XXVI, 40, 6); «por la espesura de Tirú metidos» (XXX, 33, 3); «estas yermas campañas y espesuras / hasta el frígido sur continuadas» (XXXV, 19, 1-2). Son realizaciones inscritas en la lengua poética de la época, como en Juan de la Cruz: «¡Oh bosques y espesuras...», «y vámonos a ver en tu hermosura / al monte o al collado / [...] / entremos más adentro en la espesura» (*Canciones*, 16 y 172-175). La espesura acrecienta los trabajos de los soldados españoles, enfrentados también a una naturaleza hostil:

Pasamos adelante, descubriendo
siempre más arcabucos y breñales,
la cerrada espesura y paso abriendo
con hachas, con machetes y destrales.

Nunca con tanto estorbo a los humanos
quiso impedir el paso la natura
y que así de los cielos soberanos,
los árboles midiesen el altura,
ni entre peñascos y pantanos
mezcló tanta maleza y espesura,
como en este camino defendido
de zarzas, breñas y árboles tejido;
[...]

Ya por aquella parte, ya por ésta

⁹ Y en otro lugar: «atravesando de Purén la sierra, / de la hambre y las armas fatigados, / a la Imperial llegamos salvamente» (XXX, 30, 5-7).

la entrada de la luz desocupando,
el yerto risco y empinada cuesta
iban sus altas cumbres allanando;
la espesa y congelada niebla opuesta,
el gran vapor húmido exhalando,
así se adelgazaba y esparcía
que penetrar la vista ya podía. (XXXV, 31, 1-4 y 32, y XXXV, 39)

Como síntesis de esta lengua descriptiva automatizada funciona la siguiente estrofa, que incluye muchos de los elementos mencionados:

Un paso peligroso, agrio y estrecho
de la banda del norte está a la entrada,
por un monte asperísimo y derecho,
la cumbre hasta los cielos levantada:
está tras éste un llano, poco trecho,
y luego otra menor cuesta tajada
que divide el distrito andalicano
del fértil valle y límite araucano. (IV, 90)

Mar e islas

Las islas ofrecen refugio ante «el molesto y prolijo mar» (XIX, 38, 2) y los «innavegables golfos» (XXV, 1, 5):

En esto la cerrada niebla oscura
por el furioso viento derramada,
descubrimos al leste la Herradura
y al sur la isla de Talca levantada¹⁰.
Reconocida ya nuestra ventura
y la araucana tierra deseada,
viendo el morro de Penco descubierto,

¹⁰ En otra ocasión, Ercilla se refiere así a Talca: «dejan a la siniestra a Mareguano, / y a la diestra, de Talca los vasallos / hijo de Talcaguano, que su tierra / la ciñe casi en torno el mar y sierra» (IV, 88, 5-8).

arribamos a popa sobre el puerto,
el cual está amparado de una isleta
que resiste al furor del norte airado,
y los continuos golpes de mareta
que le baten furiosos de aquel lado. (XVI, 17 y 18, 1-4)

Es que el mar es, en motivo de larga tradición clásica, el lugar de la inseguridad, que a duras penas vencen las naves, resistiendo ante el viento del sur, el «esforzado Noto» (XIII, 37, 5) o «contra el recio Noto porfiado» (XV, 56, 5), o sorteando «la brava costa de arrecifes llena» (XV, 83, 2). E implica que el esfuerzo descubridor y conquistador deba acabarse:

hallamos por remate y fin postrero
que el gran lago en el mar se desaguaba
por un hondo y veloz desagadero,
que su corriente y ancha travesía
el paso por allí nos impedía.
Cayó una gran tristeza, un gran nublado
en el ánimo y rostro de la gente,
viendo nuestro camino así atajado
por el ancho caudal de la corriente. (XXXVI, 22, 4-8 y 23, 1-4)

En general es el agua lo peligroso, también cuando se navega por los ríos: «Aconteció otras veces, barqueando / ríos en esta tierra caudalosos, / ir la corriente el ímpetu esforzando / a desbravar en riscos peñascosos, / arrebatando el barco [...]» (XV, 18, 1-5). La «primera tempestad épica de la literatura española» se halla en *La Araucana*, XV, 68-83 y XVI, 2-17, fragmento que se construye, de nuevo, «amasando lo mítico con lo histórico y obedeciendo simultáneamente a la verdad acaecida y al modelo literario», aquí los de Virgilio y Lucano, cuya expresión *parva puppe* recoge Ercilla como *navichuelo* para referirse nada menos que a un galeón, lo que muestra cómo «el paradigma literario» altera «la visión de los hechos» ([Cristóbal 1988: 136-138](#)). El mar es especialmente peligroso durante la tormenta marina, sintetizada por Ercilla en dos metáforas análogas: «súbito en el mar tranquilo y llano / se alzaron grandes montes y collados» (XV, 68, 4); «La nao, del mar y viento contrastada, / andaba con la quilla descubierta, / ya sobre sierras de agua levantada» (XV, 79, 1-3).

Metáforas de procedencia virgiliana, por cuanto el pasaje se halla en dependencia de *Eneida*, I, 81-156 —que a su vez remonta a *Odisea*, V, 291-425—, fuente para el tópico de la tempestad que se asentó en la literatura latina y en la épica romance ([Cristóbal 1988](#) y [1995: 72 y 79-83](#)). Por su parte, esta secuencia, como otras de *La Araucana*, influyó sobre *La Dragontea* (1598) de Lope ([Lerner 2012: 149 y 152-153](#))¹¹. El motivo de la tempestad, por tanto, vuelve a ilustrar cómo la experiencia americana de Ercilla conforma la descripción de la naturaleza y sus fenómenos mediante una interferencia con su memoria poética.

Un áspero clima

Inseguridad, sufrimiento y penalidades deparan asimismo las tormentas en tierra:

También el cielo en contra conjurado,
la escasa y turbia luz nos encubría
de espesas nubes lóbregas cerrado,
volviendo en tenebrosa noche el día,
y de granizo y tempestad cargado
con tal furor el paso defendía,
que era mayor del cielo ya la guerra
que el trabajo y peligro de la tierra. (XXXV, 33)

Como el duro invierno araucano: «del lluvioso invierno los crecidos / raudales y las ciénagas y esteros, / llevándoles ganado, ropa y gente, / los hacían detener forzosamente» (XXI, 14, 5-8); «a las lluvias y vientos rigurosos / del implacable invierno resistimos» (XVII, 18, 3-4). En tierra o en mar, imponen los vientos su fuerza peligrosa:

De los vientos, el Austro es el que manda
que deshace los húmidos ñublados,
y por todo aquel mar discurre y anda

¹¹ En línea con la producción épica de raíz virgiliana abierta por Ercilla sobre las guerras araucanas, se situó en 1610 la anónima *La Guerra de Chile* ([Huidobro Salazar 2012](#)).

del cual son para siempre desterrados;
los otros vientos reinan a la banda
de Atacama, y allí son libertados,
que bajar al Pirú ninguno puede
ni por natural orden se concede. (XIII, 39)

Unos vientos tratados al modo mitológico-clásico ([Lerner 2012: 152-153](#)):

Allí con libertad soplan los vientos
de sus cavernas cóncavas saliendo
y furiosos, indómitos, violentos,
todo aquel ancho mar van discurriendo; (XV, 58, 1-4)

cubre la tierra la menuda malla
y en la remota Turcia cavernosa
por fuerza arrebatados de los vientos,
hieren los duros y ásperos acentos. (XXV, 73, 5-8)

Es la manera de adecuar a la lengua poética adquirida por Ercilla una naturaleza que causa asombro, por ejemplo ante la variedad climática que sorprende con poderosos contrastes en poco espacio:

¿Qu[e] haya en Pirú, no es caso soberano,
tanta mudanza en tres leguas de tierra,
que cuando es en los llanos el verano,
los montes el lluvioso invierno cierra;
y cuando espesa niebla cubre el llano
en descubierto hiere el sol la sierra,
y por esta razón van más crecientes
en el verano abajo las corrientes? (XIII, 38)

O ante el distinto discurrir del día y la noche: «crece el día / al revés de la Europa porque es cuando / el sol del equinocio se desvía / y al Capricornio más se va acercando» (XV, 60, 1-4). El asombro se genera también ante hechos naturales infrecuentes, como un eclipse de sol, interpretado desde el paradigma mágico:

Jamás se vio en los términos australes
salir el sol tan tardo a su jornada,
rehusando de dar a los mortales
la claridad y luz acostumbrada.
Al fin salió cercado de señales
y la luna delante dél menguada,
vuelto el mudable y blanco rostro al cielo
por no mirar al araucano suelo. (XXXI, 35)¹²

Una fauna inexistente

Por lo demás, *La Araucana* apenas si atiende a la fauna americana. En una de sus frecuentes comparaciones autónomas, tan características de la épica clásica, el caimán es término de relación con la realidad representada, un combate entre araucanos y españoles:

Como el caimán hambriento, cuando siente
el escuadrón de peces que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando,
que, abriendo la gran boca, cautamente
recoge allí el pescado y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace
y al insaciable vientre satisface. (III, 24)

Y muy poco más. La breve referencia a una llama («lanuda oveja») y «dos vicuñas» (XXXVI, 15, 7); otra a «pacos, vicuñas, tigres y leones» (XVI, 37, 3), es decir, a alpacas, vicuñas, jaguares y pumas; tres términos de comparación automatizados, en que intervienen leopardos y onzas, animales muy parecidos a estos («saltó como

¹² *La Araucana* mantiene el sistema ptolemaico en sus referencias poéticas: «al mundo el sol dos vueltas había dado» (VII, 37, 7); «el claro sol dio luz al mundo / a la vuelta tercera» (VII, 38, 3-4). Y una cronología zodiacal: «El carro de Faetón resplandeciente / del Escorpio al Acuario ha discurrido» (XII, 38, 5-6); «El sol del común Géminis salía / trayendo nuevo tiempo a los mortales» (XV, 65, 1-2).

un ligero y suelto pardo» [VIII, 48, 2]; «cayendo abajo el bárbaro gallardo / como una onza ligera o suelto pardo» [XX, 9, 8]; «como una onza ligera y suelto pardo, / un presto salto dio» [XV, 8, 6-7]); la descripción de «un caballo derivado / de la española raza poderoso» (VI, 42), y una *visio* de cetrería cuasi-mitológica (XVII, 47-48).

LOS ARAUCANOS

Los historiadores de Indias, «protagonistas de las hazañas que cuentan y cronistas de las mismas», mencionan «las ordenanzas para el regimiento de los países conquistados, pero a la vez consignan las instituciones jurídicas y sociales y las costumbres de los indios» (Martínez Val 1945: 296-297). Lo mismo sucede con el poeta Ercilla. Además de formar parte de uno de los dos grupos sangrientamente enfrentados en el argumento épico, Ercilla presenta los rasgos externos de los araucanos —en realidad, un conjunto de pueblos; así los taltamávidas, los puelches, los trulos, los llaucos y otros (XXI, 27-50)¹³— tal como aparecían ante los ojos de los europeos:

la buena traza y talle de la gente,
blanca, dispuesta, en proporción fornida,
de manto y floja túnica vestida;
la cabeza cubierta y adornada
con un capelo en punta rematado,
pendiente atrás la punta y derribada,
a las ceñidas sienes ajustado,
de fina lana de vellón rizada
y el rizo de colores variado,
que lozano y vistoso parecía
señal de ser el clima y tierra fría. (XXXVI, 7, 6-8 y 8)

¹³ Más específicamente, cfr. XXI, 31, 5; 41, 2 y 5; 43, 5; 49. Los caciques de los diversos pueblos son capaces de poner en pie de guerra, según *La Araucana*, a más de cuarenta y nueve mil guerreros (II, 10-17).

El encuentro con los indígenas habitantes de las islas y costas suele ser cordial, e incluye el consabido intercambio de regalos. Los españoles les ofrecen «un manto de algodón rojo teñido / y una poblada cola de raposa, / quince cuentas de vidrio de colores, / con doce cascabeles sonadores» (XXXV, 25, 5-8).

La «singular figura ercillana del indio araucano, a la vez odioso y fascinante por su rebeldía absoluta», obedece a «la ética caballeresca que sigue rigiendo la épica culta en la época de Ercilla: no valdría la pena combatir si el enemigo no tuviera una fuerza y un valor guerrero comparables a los de su antagonista» ([Dichy-Malherme 2012: 91](#)). Ercilla comparte esta visión con el Vivar de la *Crónica* chilena (1558) y con el Cervantes de *La Numancia* (1581): de los «dos mundos en oposición», el de los «valores medievales de nobleza y virtud abstracta» y el «maquiavélico, de mercenarios y estrategias razonables que no se interesan por valores abstractos, sino por éxitos palpables», el segundo resulta «triumfante en la realidad y la actualidad, el otro en la idealidad y en el futuro» ([Rössner 1998: 195](#)). Esta *ética caballeresca*, por la que «los hombres muestran un comportamiento ejemplar según las normas de la caballería», como preferir la muerte a la derrota, repudiar los modos ilícitos de comportamiento en el combate o mantener una actitud digna en el tormento ([Rössner 1998: 200](#)), se focaliza en el carácter valeroso e ingobernable de esta «gente que a ningún rey obedecen» (I, 2, 2). Un carácter cuya reiteración textual («éste es el fiero pueblo no domado» [I, 11, 5]; «soberbio cuello no domado» [XIII, 50, 3]; «la dura cerviz, nunca oprimida» [XVI, 38, 3]) subraya el extraordinario mérito de la conquista de «aquellos españoles esforzados, / que a la cerviz de Arauco no domada / pusieron duro yugo por la espada» (I, 1, 6-8). De hecho, «cada una de las tres partes o libros de que consta [*La Araucana*], concluye, a pesar de las desteñidas figuras castellanas y de la soberbia prestancia de las indígenas, con el triunfo decisivo de las armas de España» (Solar Correa 1933: 12). Por eso, la admiración hacia los araucanos implica el elogio de esfuerzo bélico español:

la gente que produce [Chile] es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida; (I, 6, 5-8)

No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,

ni extranjera nación que se jatase
de haber dado en sus términos pisada,
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada. (I, 47, 1-6)

Ante lo cual el poeta no deja de extrañarse de que en «[...] una provincia poderosa, / en la milicia tanto ejercitada, / de leyes y ordenanzas abundosa, / no hubiese una cabeza señalada / a quien tocase el mando y regimiento» (II, 37, 3-7). La insistencia en este punto indica que estamos ante una clave del comportamiento indígena. En la batalla de Tucapel, Lautaro, indio al servicio de Valdivia o *comarcano* —*La Araucana* suele llamar así, o «amigos comarcanos» (XIV, 16, 1), a los indígenas que militaban en el lado español durante la guerra—, cambia de bando y arenga a los araucanos, que están siendo derrotados, con un discurso que es síntesis de la historia y las costumbres araucanas y una defensa de su libertad tradicional:

[...] la fama en mil años alcanzada
aquí perece y todos vuestros hechos.
La fuerza pierden hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y derechos
de señores, de libres, de temidos
quedáis siervos, sujetos y abatidos.
No os desnudéis del hábito y costumbre
que de nuestros agüelos mantenemos
[...]
huid el grave yugo y servidumbre. (III, 35, 2-8 y 36, 1-2 y 5)

Referencia a los ancestros que Galbarino, mucho después, mencionará cuando espete a los araucanos: «bien en vano han adquirido / tanta gloria y honor vuestros agüelos» (XXIII, 9, 1-2). También aquí, «los modelos con los cuales Ercilla trata de identificar a los héroes-indios» son «los hombres y mujeres ejemplares de la antigüedad con su constancia, valor y amor de la patria» ([Rössner 1998: 198](#)).

Organización político-militar

Frente al afán propagandístico que sustenta en la libertad araucana el valor de la conquista española, Ercilla suministra en su poema noticias sobre «la araucana monarquía» (XXVI, 25, 6), lo que contradice su antes mencionada carencia de jerarquía, pues realmente «nunca sin caudillo / la tierra estuvo, electo del senado» (II, 38, 1-2). De hecho, cuando comienza la rebelión contra el dominio español, a Caupolicán, que «por sumo capitán fue recibido», «casi como a rey le respetaban» (II, 59, 3 y 8). Contradicciones como éstas sustentan la refutación, por parte de la etnología, de «toda validez del poema como fuente de información sobre la realidad del modo de vida y de la cultura mapuches en la época de la conquista» ([Dichy-Malherme 2012: 91, n. 18](#))¹⁴.

Tal información en *La Araucana* versa sobre una estructura político-social (I, 11-18) en que dieciséis caciques dominan los respectivos territorios: «poseéla diez y seis fuertes varones» (I, 12, 8); «De diez y seis caciques y señores / es el soberbio Estado poseído» (I, 13, 1). Estos caciques son «en militar estudio los mejores», pero «ninguno en el gobierno preferido; / otros caciques hay, mas por valientes / son éstos en mandar los preeminentes» (I, 13, 3 y 7-8). Por lo demás, Ercilla describe un sistema de tipo feudal, en el que «Sólo al señor de imposición le viene / servicio personal de sus vasallos, / y en cualquiera ocasión cuando conviene / puede por fuerza al débito apremiallos» (I, 14, 1-4). Se ha indicado que «el término “Estado” empleado por Ercilla y otros expresaría la situación feudal nacida de la conquista» ([Dichy-Malherme 2012: 101, n. 50](#)), pero mucho más convincente resulta esta descripción basada en las recurrencias del propio texto:

Si bien es cierto que en ocasiones Ercilla utiliza «Chile» y «Arauco» como términos intercambiables, en *La Araucana* se ve una constante separación entre el ámbito cultural y territorial de los españoles (generalmente llamado Chile) y el de los araucanos, el «Estado que tanta sangre ajena y propia cuesta / ... que tuvo a Chile en tal estrecho puesta» (*La Araucana*, I, 1, 11). Lejos de confundirse, Chile y el Estado araucano son entidades que se repelen mutuamente y cuyo contacto

¹⁴ Evidentemente, «Ercilla no pudo comprender la psicología del indígena ni comprender el espíritu de sus instituciones y costumbres. Habría tenido para ello que [...] adelantarse no menos de tres siglos a su tiempo» (Solar Correa 1933: 22).

inevitablemente conduce a la confrontación violenta ([Castillo Saldoval 1995: 235-236](#)).

Basándose también en el estudio de las 37 recurrencias en el poema de la voz *Estado* y de elementos vinculados a esa noción, Palma González apunta que Ercilla «sostiene como propio del Estado de Arauco», no sometido por incas ni por españoles, «su total autonomía respecto de un poder extraño» ([1995: 152](#)).

La estructura político-militar araucana se completa con un «consejo» compuesto por «ciento y treinta caciques escogidos» de entre los más afamados guerreros: «por su costumbre antigua se sentaron / según que por la espada eran tenidos» (VIII, 15, 3-5). Ercilla describe el funcionamiento de este *consejo* o *senado* de caciques:

Juntos, pues, los caciques del senado,
propóneles el caso nuevamente,
el cual por ellos visto y ponderado,
se trata del remedio conveniente;
y resueltos en uno y decretado,
si alguno de opinión es diferente,
no puede en cuanto al débito eximirse,
que allí la mayor voz ha de seguirse. (I, 35)

Tomado el acuerdo, hay un plazo de tres días para asegurar la decisión (la *difinición*), y una vez que nadie se ha retractado del acuerdo, no hay manera de volver atrás: «tres días se han de haber ratificado / en la difinición sin retratarse; / y el franco y libre término pasado, / es de ley imposible revocarse» (I, 37, 3-6).

Los guerreros, liberados de otros trabajos «y de la gente baja mantenidos», sólo tienen la obligación «destar a punto de armas proveídos» (I, 18, 4 y 6). Como antes se ha visto, los méritos de guerra, y no la herencia, determinan el ascenso social entre los araucanos del poema:

Los cargos de la guerra y preeminencia
no son por flacos medios proveídos,
ni van por calidad, ni por herencia,
ni por hacienda y ser mejor nacidos;

mas la virtud del brazo y la excelencia,
ésta hace los hombres preferidos,
ésta ilustra, habilita, perficiona
y quilata el valor de la persona. (I, 17)

Estrofa quizá *de transferencia sociológica*, por cuanto en ella se ha visto un «ataque al funcionamiento de la sociedad española, en donde tales cargos son adjudicados no por méritos obtenidos en luchas militares (“la virtud del brazo”), ni por una “competencia” moral (“la excelencia”), sino por medios “flacos”: herencia, calidad, hacienda» ([Herrera 1991: 64](#)).

La estructura social en que se verifican estas costumbres determina que los araucanos constituyan un pueblo sumamente belicoso, cuyos integrantes eligen morir a ser vencidos o a vivir de forma miserable: así, prefieren «pasar sin temor la muerte honrosa / antes que vivir vida vergonzosa» (III, 17, 7-8), y «Morir quieren, y así la muerte llaman / gritando: “¡Afuera vida vergonzosa!”» (XV, 44, 3-4). Galbarino sostiene que «muertos podremos ser, mas no vencidos» (XXVI, 25, 7), para añadir: «¿tienes por más partido y mejor suerte / el vivir en estado miserable / que el morir como debe un varón fuerte?» (XXVI, 36, 2-4). Esta belicosidad, que lleva a los araucanos a retarse entre sí por cualquier disputa (XI, 20), a resistir los tormentos (XXV, 1-5) y a incorporar a las mujeres a la guerra (X, 6, 7-8), es destacada con frecuencia:

En fin, el hado y clima desta tierra,
si su estrella y pronósticos se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra
y a esto solo los ánimos aspiran;
todo su bien y mal aquí se encierra:
son hombres que de súbito se aíran,
de condición feroces, impacientes,
amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de niervos bien fornidos;
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,

duros en el trabajo y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores. (I, 45-46)

De modo que desprecian a los invasores, incluso cuando están en situación de inferioridad, como aquel indio que retó a todas las fuerzas españolas, tras lo cual «las espaldas volvió y tomó la vía, / mostrando por su término arrogante / en la poca opinión que nos tenía» (XXV, 14, 2-4). Es lo esperable en quienes, por acostumbrados a un duro «ejercicio» militar desde niños (I, 16, 1), «vienen a ser tan sueltos y alentados / que alcanzan por aliento los venados» (I, 15, 7-8), hasta que «el que sale en las armas señalado / conforme a su valor le dan el grado» (I, 16, 7-8).

La materia épica dominante determina una referencia continuada a batallas y combates en *La Araucana*: al «rumor de las armas sonoro» (XV, 36, 5), al «batir de las armas presuroso» (XIX, 45, 6) o a «la espantosa vulcánica herrería» (XXV, 21, 8). Ya desde Herodoto, «destacar las hazañas del adversario acusa [...] la intención de realzar la valentía y superioridad de los propios» ([Stoopen Galán 2010](#)). Como observé antes, la admiración hacia los contrarios refuerza el mérito de la conquista y la reconquista españolas. Para Ercilla, en efecto, los araucanos disponen de una excelente y muy imitable estrategia militar, que los eleva a modelo clásico en la materia:

Dejen de encarecer los escritores
a los que el arte militar hallaron,
ni más celebren ya a los inventores
que el duro acero y el metal forjaron,
pues los últimos indios moradores
del araucano Estado así alcanzaron
el orden de la guerra y disciplina,
que podemos tomar dellos doctrina. (XXV, 2)

Resulta curiosa, así, la afirmación de inferioridad de los soldados alemanes respecto a españoles y araucanos: «Jamás los alemanes combatieron / así de firme y frente a frente» (XXII, 30, 1-2). Otra analogía militar se efectúa cuando seis «chilcanos» (habitantes de Chilcán) practican un alarde a caballo, «al modo de africanos» (XII, 20, 6).

Ercilla repasa el arsenal de que disponen los araucanos (I, 19-22): «picas, alabardas y lanzones», «hachas, martillos, mazas barreadas, / dardos, sargentas, flechas y bastones, / lazos de fuertes mimbres y bejucos, / tiros arrojadizos y trabucos» (I, 19, 2 y 5-8) y «coseletes», «grevas, brazales, golas, capacetes» (I, 21, 1 y 5). Parte de este armamento fue tomado a los españoles. Asimismo, describe sus tácticas de combate (I, 23-32): «Hacen su campo, y muéstranse en formados / escuadrones distintos muy enteros, / cada hila de más de cien soldados» (I, 23, 1-3); «De pantanos procuran guarecerse / por el daño y temor de los caballos, / donde suelen a veces acogerse / si viene a suceder desbaratallos» (I, 25, 1-4); «Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden / ser el lugar y sitio en su provecho» (I, 28, 1-2); «También suelen hacer hoyos mayores / con estacas agudas en el suelo, / cubiertos de carrizo, yerba y flores, / porque puedan picar más sin recelo» (I, 32, 1-4).

Entre las prácticas militares, se explicita la señal que distinguía a los jefes. Al nombrar capitán y su teniente a Lautaro, «Caupolicán le tresquilaba, / dejándole el copete en trenza largo, / insignia verdadera de aquel cargo» (III, 86, 6-8). Otro uso era el de vestir las prendas tomadas a los españoles como botín, lo que distinguía a quien lo hacía:

Todos los capitanes señalados
a la española usanza se vestían;
la gente del común y los soldados
se visten del despojo que traían;
calzas, jubones, cueros desgarrados,
en gran estima y precio se tenían:
por inútil y bajo se juzgaba
el que español despojo no llevaba. (VIII, 14)

Costumbres

Usadas es el vocablo más repetido por Ercilla para referirse a algo habitual: *danzas siempre usadas, fiesta usada, la usada borrachera*. De las otras costumbres araucanas (I, 33-44), el poema suele destacar las fiestas, que se inician con danzas. Tras vencer en Tucapel, los araucanos, «arrimadas las armas sin recelo, / danzas en anchos cercos ordenaban / donde la gran vitoria celebraban» (III, 70, 6-8). Y en otras

ocasiones: «Acabado el comer, lo que del día / les quedaba, las mesas levantadas, / se pasó en regocijo y alegría / tejiendo en corros danzas siempre usadas» (XI, 31, 1-4). Los festejos pueden incluir también competiciones deportivas, como luchas («la acostumbrada lucha comenzaron» [XX, 43, 6]) y carreras: «se apercibía / para correr el palio acostumbrado» (XX, 63, 2). Estas pruebas terminaban con la concesión de un premio al vencedor. En el canto X, prácticamente dedicado a este asunto, Leucotón gana la primera (X, 19-31) y Rengo protagoniza la segunda (X, 31-57). Lo normal es que estos festejos acaben en borracheras:

De consejo y acuerdo una manera
tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
que es hacer un convite y borrachera
cuando sucede cosa señalada; (I, 33, 1-4)

[...] dentro de aquel círculo y asiento,
cercado de una amena y gran floresta,
en memoria y honor del vencimiento
celebran de beber la alegre fiesta;
el vino así aumentó el atrevimiento. (III, 73, 1-5)

El motivo se convierte en tópico reiterado: «la gente, que de gozo en sí no cabe, / por la ribera de un arroyo claro / en juntas y corrillos derramada, / celebran de beber la fiesta usada» (VIII, 11, 5-8); «juntáronse a la usada borrachera / (orden antigua y detestable vicio) / la más ilustre gente y señalada» (IX, 26, 5-7). La borrachera, a su vez, suele degenerar en alboroto y pelea: «Al tiempo que el beber furioso andaba / y mal de las tinajas el partido, / de palabra en palabra se llegaba / a encenderse entre todos gran ruido» (II, 19, 1-4).

La orgía puede coronar celebraciones. Durante una nocturna, «gran multitud de gente concurriendo, / se forma un general ayuntamiento / de mozos, viejos, niños y mujeres, / partícipes en todos los placeres» (III, 71, 5-8). El festejo de una victoria puede incluir alguna costumbre macabra: «un sitio de altos árboles cercaban, / que una espaciosa plaza contenían, / y en ellos las cabezas empalaban / que de españoles cuerpos dividían» (III, 72, 3-6). De hecho, el empalamiento era castigo típico entre los araucanos: «Si alguno de su puesto se movía / sin esperar descargo le empalaba» (VII, 41, 1-2).

Ercilla da cuenta de otro uso. Un araucano hace prisionero a un indio cristiano y le impone oficio femenino, dado que ha tratado de esconderse entre las mujeres para evitar la batalla: «que del oficio se encargase / que a la mujer honesta es permitido / y la posada y cena concertase» (VII, 37, 1-3); aunque parece tratarse exclusivamente de las tareas domésticas de servicio, este uso podría figurar dentro de la función travestizadora que [Padrón \(2004\)](#) muestra en otros pasajes del poema.

Una de las cosas que más sorprenden a los españoles es la comida indígena, exótica y apetitosa:

En esto, de un fardel de ovas marinas
a la manera de una red tejidas,
sacó diversas frutas montesinas,
duras, verdes, agrestes, desabridas,
carne seca de fieras salvajinas
y otras silvestres rústicas comidas;
langosta al sol curada y lagartijas
con mil varias inmundas sabandijas. (XXXV, 20)

hallamos la frutilla coronada
que produce la murta virtuosa;
y aunque agreste, montés, no sazónada,
fue a tan buena sazón y tan sabrosa,
que el celeste maná y ollas de Egito
no movieran mejor nuestro apetito. (XXXV, 44, 3-8)

LA OPOSICIÓN ESPAÑOLES / ARAUCANOS

La Araucana forma parte de lo que mucho después fue llamada «literatura del despertar» chilena. En su ansiada búsqueda de orígenes, ningún nacionalismo tiene inconveniente en reinterpretar o reencauzar textos —así poemas como el de Ercilla o libros de memorias como el *Cautiverio feliz* (1673), de Núñez de Pineda— para elevarlos al rango de lo fundacional (Garrote Bernal 2008: 89-92). Desde el siglo XIX, la República de Chile buscó asentar su identidad criolla sobre el poema de Ercilla ([Castillo Sandoval 1995: 231-235](#)). La implacable lógica de los hechos históricos y textuales determina, en cambio, que *La Araucana*,

que los patriotas chilenos del siglo XX pusieron tanto empeño en recuperar para su causa presenta [...] el territorio chileno desde un punto de vista colonial e imperialista. Sin embargo, la tendencia de Ercilla a exaltar el valor del adversario araucano pone de relieve los límites de esta perspectiva ([Dichy-Malherme 2012: 87](#)).

En efecto, «Ercilla da a los españoles un enemigo a la altura de su valentía y mantiene, en el plano explícito del texto, la oposición colonialista entre bárbaros y cristianos» ([Guerra Cunningham 2010: 16](#)). Tal es la oposición clave, de modo que la recurrente denominación *bárbaro* para referirse a los araucanos se convierte en antonomástica: un indio habitante de los archipiélagos se convierte en el «bárbaro isleño», aquí sin connotación negativa, dado que de él se dice que «Cumplió [...] la promesa» (XXXVI, 31, 1). Tampoco negativa es la mención de un grupo de indios como «aquella gente bárbara notable», que acababa de recibir cordialmente a los españoles (XXXV, 21, 2). Estos dos casos evidencian que *bárbaro* tiene en *La Araucana* el sentido general y neutro de ‘extraño’ o, más ampliamente, de ‘el otro’.

En esta acepción, el vocablo suele presentarse sin adjetivación: «el bárbaro» denomina a Rengo (XXIX, 40, 5), a Pran (XXXI, 42, 1), a Caupolicán (XXXII, 29, 5; XXXIV, 24, 3) o a «un bizarro araucano» (XXIV, 101, 3); «la bárbara», a la india Glaura (XXVIII, 3, 6); «Los bárbaros» son combatientes que tienden una emboscada (XXVIII, 71, 1) o los guerreros en general (IV, 25, 2; XVII, 33, 1; XXXIV, 32, 5). Como adjetivo, la zona ocupada por las fuerzas araucanas es el «bárbaro campo» (XXXII, 6, 1) y su sangre es «tanta sangre bárbara vertida» (XXXVI, 36, 4)¹⁵. Más allá de casos aislados, el sintagma prototípico de esta voz como adjetivo es *gente bárbara* (XI, 53, 6; XI, 58, 7; XI, 83, 1; XXVI, 40, 4).

Esta perspectiva neutra, a la que volveré, choca con la comprometida del narrador, «figura ambivalente de un yo testigo que se desplaza en la yuxtaposición de lo heroico y lo anti-heroico, de la sangre derramada de bárbara manera y el sentimiento de la compasión y la piedad», de modo que «la yuxtaposición de dos ideologías (la cristiana y la que propicia las injusticias de la conquista) debe considerarse como uno de los aspectos testimoniales más poderosos de *La Araucana*»

¹⁵ Otros usos de este adjetivo son «bárbaro escuadrón» (XI, 41, 6), «trulla y grita bárbara» (XXII, 15, 6), «el ejército bárbaro ordenado» (XXV, 17, 4), «cuerpos bárbaros» (XXVI, 38, 4), «una gruesa bárbara emboscada» (XXVIII, 41, 3) y «bárbara espada» (XXIX, 53, 4).

([Guerra Cunningham 2010: 17-18](#)). La perspectiva comprometida o beligerante de Ercilla construye la oposición genérica *los nuestros* (o *los españoles* o *los castellanos*) / *los bárbaros*, necesaria para la función épica. Tal oposición se despliega con diversas variantes en el canto IV: «solo un español que atrás venía / la bárbara arrogancia resistía» (17, 7-8); «Tras los nuestros los bárbaros saliendo» (21, 1); «salen los fieros bárbaros sangrientos / contra los españoles valerosos» (22, 3-4); «el río de la corriente sangre crece, / bárbara y española toda envuelta» (40, 3-4); «aquella gente bárbara furiosa, / de la española sangre codiciosa» (65, 7-8). Así asentada, la oposición se hará relevante en lo sucesivo: «Atento el castellano lo escuchaba / [...] / así impaciente al bárbaro atajaba» (XII, 16, 1 y 5); «El español [...] / se acerca poco a poco más al fuerte / sin estorbo de bárbaro ninguno» (XIV, 8, 1-3); «Causó lástima y junto gran contento / al circunstante pueblo castellano, / con grande admiración de todas gentes / y espanto de los bárbaros presentes» (XXXIV, 18). La oposición bélica se hace explícita, por supuesto sobre la palabra clave *bárbaro*, en sintagmas como «enemigo bárbaro vecino» (XXII, 4, 2) o «bárbaro enemigo» (XXVI, 3, 4).

La voz *bárbaro* —sustantivo y adjetivo— suele estar a un paso de cargarse de connotación peyorativa, pasando su significado de ‘extraño’ a ‘salvaje’. Sucede con el sintagma «bárbara impaciencia», relativo a la historia de Dido, ajena a la materia araucana (XXXII, 85, 5). Es que, sea en Herodoto o sea en Ercilla, el *histor* que observa y participa en los hechos —más si son bélicos— tiende a identificar al *bárbaro* con el enemigo. Basta dar el paso de comentar que «algún simple» podría complacer a una india que pedía morir y, «con bárbara piedad», matarla (XXXII, 40, 3-4). A partir de tal concepción, oximórica si no transfiriera el carácter salvaje (*bárbara*) al cristiano (*piedad*), es predecible que, como poco, sean los araucanos «incultos bárbaros» (XXIX, 19, 1; II, 10, 3); que, en pleno combate, uno de sus guerreros se convierta en «el rabioso bárbaro» (XV, 34, 6); que, después de una derrota española, el araucano sea el «inclemente bárbaro inhumano» (VI, 19, 8) o que, en su avance militar, aparezcan «los araucanos bárbaros sangrientos» (VII, 9, 6). Ni que decir tiene que Caupolicán se caracteriza por «su bárbara insolencia» (XXXII, 26, 7) y Tucapel es «el bárbaro arrogante» (X, 6, 6). Incluso Andresillo, indio que trabaja para los españoles y traicionará a los araucanos, es «bárbaro ladino» (XXX, 47, 5).

La culminación del proceso se halla en la elaboración del estereotipo *fiero(s) bárbaro(s)*, tan repetido en *La Araucana* (XXII, 9, 5 y 44, 2; XXII, 37, 5, y XXXIII, 67,

7). Variante es «furioso bárbaro arrogante» (XIX, 32, 1), con la que a su vez conecta el sintagma «bárbaro furor y movimiento» (XIX, 28, 5), que, a efectos de análisis de lengua poética automatizada, puede compararse con «ímpetu español y movimiento» (IV, 25, 6) o «bárbaro furor y fiero intento» (XXIV, 66, 8), este último referido a los turcos. La construcción *bárbara canalla* (XI, 77, 4; XXVI, 4, 3) especifica el carácter sanguinario de los araucanos, que, por ejemplo, matan a los prisioneros y a quienes huyen: «la bárbara canalla embravecida» (IX, 84, 6). Cambiando el orden de los elementos, se puede leer «canalla bárbara araucana» (VIII, 52, 2). Tal carácter deriva en «la tendencia al comportamiento impulsivo e irracional; casi no hay reunión de caciques que no esté a punto de degenerar en pelea generalizada» ([Herrera 1991: 59](#)).

Cuando en el canto XXIV Ercilla relata la batalla de Lepanto, los estereotipos acuñados para los araucanos le sirven para los turcos, a los que se refiere con sintagmas como «sangre bárbara» (XXIV, 82, 8), «el estandarte bárbaro» (XXIV, 88, 5) o «bárbaras reliquias» (XXIV, 91, 7). Y las zonas dominadas por los turcos son «las bárbaras regiones» (XVIII, 54, 5). Los enemigos derrotados son tratados léxicamente como iguales: «los míseros bárbaros [= araucanos] rendidos» (XXVI, 8, 8); «los miserables bárbaros [= turcos]» (XXIV, 95, 6) y «la triste canalla» (XXIV, 93, 1).

Mucho peor parados que cualquier enemigo, araucano o turco, salen los negros que, si no he contado mal, aparecen tres veces en el poema. En todas desempeñan funciones muy indignas. Dos negros intentan violar a la araucana Glaura, a quien salva el indio Cariolán, que llama a los negros «¡Perros, bárbaros, traidores!» (XXVIII, 25, 6). Atrapa otro a la esposa y al bebé de Caupolicán: ella huye cuando al jefe araucano lo apresan los españoles, pero «alcanzóla un negro a poco trecho» que, como se ve, sólo participa en la refriega para capturar mujeres y niños; aún así, «Trújola el negro suelta, no entendiendo / que era presa y mujer tan importante», con lo que no sólo se destaca su acción signada por la desigualdad, sino su ignorancia (XXXIII, 74-75). Por si fuera poco, «un negro gelofo, mal vestido» (XXXIV, 24, 1) es el verdugo de Caupolicán, quien protesta enérgicamente más por esto que por su próxima muerte, que ha suplicado a los españoles no se produzca, negándose a que «a un hombre como yo tan señalado / le dé muerte una mano así abatida» (XXXIV, 25, 3-4), o sea, ruin y baja, mano designada enseguida por Caupolicán como «bruta», es decir, de animal, lo que da la clave de todo: por debajo de la humanidad (españoles y bárbaros) se hallan los negros. Una estructura de pensamiento

deshumanizada o racista, reproducida en América y asumida también por araucanos como Coriolán y Caupolicán.

El vocablo *bárbaro* establece, pues, un tendencioso perspectivismo en *La Araucana*; pero tal carácter vuelve a atenuarse cuando se considera que es voz que emplea cualquiera de los bandos participantes en los conflictos relatados en el poema:

la reiteración del epíteto «bárbaro» seguido por adjetivos en la variedad de lo fiero, lo sangriento y lo valiente, pierde su inmovilidad épica al tener como referente implícito al bando contrario, los españoles que significativamente carecen de un epíteto reiterativo ([Guerra Cunningham 2010: 19](#)).

Sin embargo, esto resulta coherente con la teoría clásica, de Aristóteles a Quintiliano, del *decorum*: siendo «casi el concepto que más esencialmente define la retórica», «puede aplicarse a cuando se dice lo que hay que decir y cómo hay que decirlo para que ocurra lo que se desea en una situación dada» ([Río Sanz 2002: 15](#)). Ercilla practica aquí la adecuación de la expresión a cada uno de los grupos que intervienen en el conflicto que relata. Lo evidencia la opuesta denominación del consejo de caciques araucanos, «bárbaro Senado» (XVII, 5, 1) para el narrador no imparcial e «íncrito Senado» (XVII, 9, 1) según el indígena Millalauco; y si para el general turco Alí la Liga cristiana con que ha de enfrentarse en Lepanto es «pueblo soez y bárbara canalla» (XXIV, 34, 2), para el araucano Galbarino son los españoles «bastardas gentes extranjeras» (XXIII, 7, 6). En el máximo de la distancia que impone el *decorum* entre el yo elocutor y sus diversas criaturas, la neutralización llega al extremo de que el narrador, tratando del ataque a Tucapel, aluda a los españoles como «la gente forastera» (XXV, 32, 1).

Esta neutralización —no sólo lingüística— del compromiso del narrador obedece asimismo a una «cierta imparcialidad del autor ante sus personajes», insertada en el código de la épica desde Homero y Virgilio ([Cristóbal 1995: 76-77](#)). Y conecta con la actitud plural de los historiadores de Indias, que «no olvidan el gesto guerrero o cortés, sumiso o rebelde, del indígena» (Martínez Val 1945: 296); en concreto, con la *Crónica de los reinos de Chile* (h. 1558), de Gerónimo de Vivar, cuyo texto presenta muchas similitudes con el posterior de Ercilla ([Dichy-Malherme 2012: 93-94 y n. 28](#)). Añádase que, en cuanto muestra de admiración hacia el enemigo, al que se concede la voz y la capacidad de mirar de manera distinta, conecta igualmente con la

maurofilia: «La consideración del moro con simpatía y su idealización [...] era algo común en la literatura medieval» ([García-Valdecasas y Beltrán Llavador 1989: 116](#)). A través de la épica, el romancero y el teatro, la maurofilia se extendió entre los siglos XIV y XVII ([Benito 2015](#)).

Sea como fuere, a Rössner le resulta «interesante notar» que, frente a la *Franciade* de Ronsard y las *Lusíadas* de Camões, Ercilla no compone la *Hispaniada*: «en un pueblo [como el español] con la reputación estereotípica de ser orgulloso, en el título del más importante poema heroico del Renacimiento la propia nación es reemplazada por el enemigo» ([1998: 194](#)). Su conclusión, no muy alejada de la que sostuvieron Solar Correa (1933: 23)¹⁶ y [Herrera \(1991: 64-66\)](#), resulta convincente:

Ercilla no quiere proteger a los pobres indios inocentes y martirizados, quiere proteger el espíritu caballeresco que encarna literariamente en ellos, creando así una imagen totalmente nueva del indio como generoso y valiente caballero andante en un mundo que ya se ha vuelto definitivamente moderno ([Rössner 1998: 201](#)).

Esta paradoja histórico-poética, según la cual los araucanos encarnan el viejo espíritu español que va desvaneciéndose, se asienta en la evidencia de que los españoles no están exentos de cometer atrocidades, como el ajusticiamiento de Caupolicán, «bárbaro caso» (XXXIV, 31, 3) que Ercilla, de haber estado presente, hubiera impedido. Frente al interés de los españoles por mostrar que su misión básica era la evangelización o la reevangelización («nuestro intento / y causa principal de la jornada / era la religión y salvamento / de la rebelde gente bautizada» [XVI, 29, 1-4]) o frente a su promesa de perdón real para los araucanos rebelados que volviesen a la religión cristiana (XVI, 30), estos tenían claro que a los españoles sólo les movía la codicia: «la ocasión que aquí los ha traído / por mares y por tierras tan estrañas / es el oro goloso que se encierra / en las fértiles venas desta tierra» (XXIII, 12, 5-8), asegura Galbarino. Habían cometido los colonizadores tantos desmanes en todos los órdenes (XXXIV, 50), que los «barbudos crueles y terribles» (XXXIV, 57, 1), como los

¹⁶ «Los indígenas del poema son, en realidad, almas españolas en cuerpos araucanos; piensan, sienten y obran del mismo modo que el peninsular del siglo XVI [...]. Los más genuinos y brillantes aspectos del alma hispánica de aquel entonces aparecen reflejados en el indio: el espíritu caballeresco, el orgullo nacional, la preocupación religiosa, el culto de la mujer, la generosidad y pundonor, la arrogancia en el decir y en el obrar».

llaman los araucanos, sólo aparecen a sus ojos como «insaciables avarientos» (XXXIV, 60, 1). Pero es que la codicia no deja de ser otro tópico de la épica legado a Ercilla, que partiendo de Lucano (*Farsalia*, I, 158-162) —quien «había conectado, en forma explícita y denunciatoria, la codicia y la guerra civil y de conquista»—, «infunde especificidad histórica inconfundible, concentrando su atención en ella de manera muy sostenida, hasta convertirla en principio estructural de su propio poema» ([Davis 1998: 162-163](#)).

Por este plural perspectivismo, no es ajeno Ercilla a la consideración humanista de la virtud como rasgo superior a la nobleza de sangre y a la riqueza ([Valero Juan 2011: 12-13](#)). Y en cuanto al honor, españoles y araucanos están equiparados:

Ercilla presenta a los araucanos en pie de igualdad con los españoles, no como inferiores. Esta igualdad básica, que no anula las diferencias entre ambos pueblos, se afirma de muchas maneras, y en especial mediante la adjudicación a los araucanos de la cualidad que en buena parte de la literatura española de la época da su valor al ser humano: el honor ([Herrera 1991: 64](#)).

A medio camino entre la admiración y el denuedo se hallan en el poema sintagmas como «los soberbios araucanos» (XVII, 22, 2), incapaces de querer la paz una vez iniciada la rebelión. Bárbaros, sí, pero valientes: en la línea de «esa nobleza bárbara pensada por Ercilla y en menor medida por sus antecesores», Valdivia y Vivar ([Dichy-Malherme 2012: 95](#)), ahora son sintagmas prototípicos y reiterados *valiente(s) bárbaro(s)*¹⁷ o *bárbaro(s) valiente(s)*¹⁸. Otros muchos adjetivos dignifican y elogian a los araucanos: «gallardo bárbaro» (V, 18, 3) y «bárbaro gallardo» (XX, 9, 7); «diestro bárbaro» (XV, 9, 1); «presto bárbaro» (XV, 13, 2); «indómitos bárbaros» (XXVI, 21, 2); «bárbaro esforzado» (XXVI, 28, 1); «audaz bárbaro obstinado» (XXVI, 37, 5); «temerario bárbaro araucano» (XXVIII, 48, 2); «solícito bárbaro» (XXXIII, 60, 3). También dignifica el poema a algunos personajes, como «el bravo Tucapel» (XIX, 32, 8) o Peteguelén, de «valeroso corazón ardiente» (XIX, 35, 5). Y no deja de alabar Ercilla el sentido de fidelidad de muchas indias, «aunque bárbaras» (XXXII, 43, 5).

¹⁷ Cfr. V, 16, 3 y XV, 8, 2. Variante es «valientes soldados araucanos» (XIII, 17, 1).

¹⁸ Cfr. IV, 29, 4; IX, 94, 3; XX, 15, 2; XXI, 38, 1, y XXV, 41, 1.

REALIDAD MARAVILLOSA

He dejado hasta ahora la religión de los araucanos, sin tratarla entre sus costumbres, porque me interesa ligarla a un ambiente especial que, en el curso de la literatura hispanoamericana, terminó dando en el llamado *realismo mágico*. De la religión araucana destaca Ercilla su carácter diabólico:

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta
aquel que fue del cielo derribado,
que como a poderoso y gran profeta
es siempre en sus cantares celebrado;
invocan su furor con falsa seta
y a todos sus negocios es llamado,
teniendo cuanto dice por seguro
del próspero suceso o mal futuro. (I, 40)

A este dios supremo –aunque es el único citado– «llámanle Eponamón, y comúnmente / dan este nombre a alguno si es valiente» (I, 41, 7-8), lo que explica que Lautaro sea llamado siempre *el hijo de Pillán*¹⁹ (que es el diablo) o, en posición de rima, *el hijo de Pillano* (XI, 3, 4; XI, 17, 2; XI, 33, 1; XII, 4, 1; XII, 7, 7; XII, 59, 2). El «curaca hechicero» Puchecalco invoca al «negro Epomanón» (VIII, 39, 1 y 7), considerado «horrendo y espantable» (VIII, 43, 5), «potente» (VIII, 63, 3) y «el fuerte» (XXXI, 15, 3). Puchecalco es uno de los dedicados al oficio de «agorero, / por sabio en los pronósticos tenido» (VIII, 39, 3-4). A pesar de lo cual, cuando realiza ante los caciques un negativo agüero, con referencias mitológicas latinas incluidas, es asesinado por Tucapel (VIII, 39-44). La hechicería, práctica común entre los araucanos, es desaprobada por Ercilla:

Usan el falso oficio de hechiceros,
ciencia a que naturalmente se inclinan,
en señales mirando y en agüeros,
por las cuales sus cosas determinan;
veneran a los necios agoreros (I, 42, 1-5)

¹⁹ VII, 34, 2; XI, 76, 1; XIII, 48, 1; XIV, 16, 7. El americanismo *pillán* es equivalente a *diablo* (Ercilla 1569-1589: I, 334, n. 2).

Algunos destos son predicadores
tenidos en sagrada reverencia,
que sólo se mantienen de loores
y guardan vida estrecha y abstinencia (I, 43, 1-4)

Y éstos que guardan orden algo estrecha
no tienen ley ni Dios, ni que hay pecados
mas sólo aquel vivir les aprovecha
de ser por sabios hombres reputados. (I, 44, 1-4)

La superstición que denuncia Ercilla es manifiesta cuando los indígenas no saben si los españoles son «dioses rústicos» u hombres (XXXVI, 4, 1), si bien ya habían deducido que los conquistadores eran «hombres que por milagro y caso estraño / de la región celeste eran venidos», aunque, a causa de sus armas de fuego, «como a inmortales dioses los temían / que con ardientes rayos combatían» (I, 64, 3-4 y 7-8). Pronto, en efecto, descubrieron que no sólo no eran inmortales, sino también débiles: «Por dioses, como dije, eran tenidos / de los indios los nuestros; pero olieron / que de mujer y hombre eran nacidos / y todas sus flaquezas entendieron» (II, 7, 1-4).

En este ambiente hay un vasto campo para la explicación mítica y mágica, que asume el propio narrador, bien desde el paradigma de la mitología clásica, bien desde el de un realismo mágico *avant la lettre*. Hablando, por ejemplo, del Estrecho de Magallanes, dicta *La Araucana*, partiendo del *secretum iter* horaciano:

esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida;
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta, removida
del tempestuoso mar y viento airado,
encallando en la boca, la ha cerrado. (I, 9, 3-8)

No será la única vez que se da por hecho un acontecimiento fantástico: «no quedó pabellón, tienda ni cosa / que el viento allí no la abatiese al suelo, / pareciendo con nuevo movimiento / desencasar la isleta de su asiento» (XVI, 32, 5-8). Islas que son movidas por el mar y por el viento. ¿Extrañará entonces que, en

medio de una batalla, «alguna infernal furia andaba suelta» (IV, 40, 6)? ¿O que, durante una tormenta, Eponamón se presente «en forma de un dragón horrible y fiero / con enroscada cola envuelta en fuego» (IX, 6-7)? Es más: cuando cesa la tormenta, «una mujer» (IX, 13, 4), seguramente la Virgen, se aparece ante los araucanos, a los que desanima, pues «Dios quiere ayudar a sus cristianos / y darles sobre vos mando y potencia» (IX, 15, 1-2). Estamos a 23 de abril de 1554 (IX, 18), precisa el narrador como queriendo certificar la veracidad del relato. Más explícitamente, dirá de un rayo y cometa, que por supuesto lleva implícito un pronóstico, que «No es poético adorno fabuloso / mas cierta historia y verdadero cuento» (XVI, 23, 1-2).

Eponamón y la iconografía cristiana sobre los cielos araucanos. ¿Falta algo para completar el panorama? Por supuesto: el modelo mítico grecolatino, cuyo paradigma tiene siempre en mente Ercilla, según atestiguan algunas de sus comparaciones autónomas: «Como en la fiera lucha Anteo temido / por el furioso Alcides derribado / [...] / así el airado Rengo...» (X, 56); «No la barca de Amiclas asaltada / fue del viento y del mar con tal porfía...» (XVI, 10). Tan asentado estaba el modelo en su memoria poética, es decir, en su retórica, que cuando relata cómo Rengo persigue a los Alvarado, no resiste la tentación de poner como testigos de la persecución nada menos que a unas garcilasianas ninfas del río: «las ninfas por lo más sesgo del vado / las cristalinas aguas revolviendo / sus doradas cabezas levantaron / y a ver el caso atentas se pararon» (IX, 102, 5-8). Esto por no citar la fábula cuasimitológica del caballo marino al que venció el araucano Guacol (XXI, 35-39). O los consabidos paisaje y viaje alegóricos, que por supuesto incluyen *locus amoenus*, ninfas, guía, subida al monte, vaticinio (*ex eventu*) de la política española en Europa y frente a los turcos e, incluso, la referencia a otro lugar mágico donde seguir conociendo el futuro (XVIII, 43-63). Allí encontrará Ercilla a un anciano indio, al que sigue a caballo, perdiéndose en el sitio boscoso anunciado (XXIII, 24-29). Persiguiendo en la espesura a una corcilla, encuentra a otro anciano, Guaticolo, antiguo guerrero que lleva veinte años viviendo retirado en ese sitio. Ercilla le pregunta por el mago Fitón ([Mejías-López 1992](#)), nombre oído en su anterior visión, y Guaticolo le dice que es su tío y que vive en un lugar inaccesible, hasta el que le guía (XXIII, 28-45). Los dos entran en su cueva, con una «botica» repleta de elementos mágicos (XXIII, 47-55), donde aparece Fitón, el primer anciano al que había visto. Guaticolo los presenta, y Fitón le dice que le dará noticias futuras, aunque esté prohibido (XXIII, 55-64). Entonces, conduce

a Ercilla hasta una cámara fantástica que guarda una bola (XXIII, 71) —el precedente del aleph borgesiano— para ver el futuro, a los famosos del pasado y todas las cosas, entre las que le enseñará la batalla de Lepanto, que aún no se ha producido (XXIII, 65-87). Fitón entra en contacto con el futuro tras invocar, igual que la maga de Valladolid en el *Laberinto de Fortuna* de Mena, a las deidades infernales (XXIII, 80-82). El aleph de *La Araucana* representa, como en el cuento de Borges, un mundo virtual:

Era en grandeza tal que no podrían
veinte abrazar el círculo luciente,
donde todas las cosas parecían
en su forma distinta y claramente:
los campos y ciudades se veían,
el tráfago y bullicio de la gente,
las aves, animales, lagartijas,
hasta las más menudas sabandijas. (XXVII, 4)

Y la visión es una sintetizada *descriptio mundi* (XXVI, 51-52 y XXVII, 6-54) que incluye un catálogo toponímico y algunas historias bíblicas, mitológicas y reales. También a Borges y a su «Fundación mítica de Buenos Aires» recuerda, incluso por la referencia a los *ranchos* —«Prendieron unos ranchos trémulos en la costa, / durmieron extrañados [...]»— el relato de los españoles desembarcando, tras una espantosa tormenta, y el trabajo consiguiente de acomodar el lugar:

Unos presto destechan los pajizos
albergues de los indios ausentados;
otros con tablas, ramas y carrizos
al nuevo alojamiento van cargados
y sobre troncos de árboles rollizos
en las hondas arenas afirmados,
gran número de ranchos levantamos
y en breve espacio un pueblo fabricamos. (XVI, 34)

BIBLIOGRAFÍA EMPLEADA

- Á. ÁLVAREZ VILELA (1995), [«La expedición a Ancud en *La Araucana* o la recuperación del mérito por parte de Ercilla»](#), *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 24, pp. 77-89.
- H. F. BAUZÁ (2015), [«Virgilio y el orfismo»](#), *Nova Tellvs*, 32.2, pp. 251-269.
- A. I. BENITO (2015), [«La ubicua presencia del moro: maurofilia y maurofobia literaria como productos de consumo cristiano»](#), en *Disobedient practices: Textual multiplicity in Medieval and Golden Age*, ed. B. Bistué y A. Roberts, Newark (DE), Juan de la Cuesta, pp. 103-128.
- M. CANFIELD (2009), *Literatura hispanoamericana: historia y antología. Tomo I. Literatura prehispánica y colonial*, Milano, Ulrico Hoepli.
- R. CASTILLO SANDOVAL (1995), [«¿“Una misma cosa con la vuestra”? Ercilla, Pedro de Oña y la apropiación post-colonial de la patria araucana»](#), 170-171, pp. 231-247.
- S. de COVARRUBIAS (1611), *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. M. de Riquer, Barcelona, Alta Fulla, 1987.
- V. CRISTÓBAL (1988), [«Tempestades épicas»](#), *Cuadernos de Investigación Filológica*, 14, pp. 125-148.
- V. CRISTÓBAL (1995), [«De la *Eneida* a la *Araucana*»](#), *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 9, pp. 67-101.
- E. B. DAVIS (1998), [«Escribir después de Ercilla: La codicia en *La Austriada* de Juan Rufo»](#), en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. J. Whicker, Birmingham, University, II, pp. 162-168.
- S. DICHY-MALHERME (2012), [«El primer canto de *La Araucana*: una cartografía épica de Chile»](#), *Criticón*, 115, pp. 85-104.
- A. de ERCILLA (1569-1589), *La Araucana*, ed. M. A. Morínigo e I. Lerner, Madrid, Castalia, 1979, 2 vols.
- A. GARCÍA-VALDECASAS y R. BELTRÁN LLAVADOR (1989), [«La maurofilia como ideal caballeresco en la literatura cronística del XIV y XV»](#), *Epos*, 5, pp. 115-140.
- G. GARROTE BERNAL (2001), «Estudio preliminar», en V. Espinel, *Obras completas, II. «Diversas rimas»*, Málaga, Diputación Provincial, pp. 7-395.
- G. GARROTE BERNAL (2008), «Núñez de Pineda en su *Cautiverio feliz*», *Por amor a la palabra. Estudios sobre el español literario*, Málaga, Universidad, pp. 89-113.

- L. GUERRA CUNNINGHAM (2010), [«De la historia y otras barbaridades: La Araucana de Alonso de Ercilla y Zúñiga en el imaginario nacional de Chile»](#), *Anales de Literatura Chilena*, 14, pp. 13-31.
- B. HERRERA (1991), [«La Araucana: conflicto y unidad»](#), *Criticón*, 59, pp. 57-69.
- G. HIGHET (1947), «Classical echoes in *La Araucana*», *Modern Languages Notes*, 62, pp. 329-331.
- M. G. HUIDOBRO SALAZAR (2012), [«Ecos de la Eneida en el anónimo poema La Guerra de Chile»](#), *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 32.2, pp. 335-345.
- I. LERNER (2012), [«Lope de Vega y Ercilla: el caso de La Dragontea»](#), *Criticón*, 115, pp. 147-157.
- J. M. MARTÍNEZ VAL (1945), «El paisaje geográfico en los historiadores de Indias», *Revista de Indias*, 6, pp. 289-322.
- W. MEJÍAS-LÓPEZ (1992), [«El Fitón de Alonso de Ercilla: ¿shaman araucano?»](#), *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 21, pp. 279-295.
- R. PADRÓN (2004), [«Geografía, sodomía, y lo femenino en La Araucana de Alonso de Ercilla»](#), en *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. I. Lerner et al., Newart, Juan de la Cuesta, IV, pp. 515-522.
- E. PALMA GONZÁLEZ (1995), [«La noción de Estado en el poema La Araucana»](#), *Anuario de la Universidad Internacional SEK*, 1, pp. 147-154.
- R. PERELMUTER-PÉREZ (1986), «El paisaje idealizado en *La Araucana*», *Hispanic Review* 54.2, pp. 129-146.
- S. PÉREZ-ABADÍN BARRO (2009), [«La Bucólica del Tajo de Francisco de la Torre como poemario pastoril: visión de conjunto»](#), *Criticón*, 105, pp. 85-116.
- E. del RÍO SANZ (2002), [«Quintiliano y su idea del decorum: estilo, ética y retórica»](#), *Berceo*, 143, pp. 11-20.
- M. RÖSSNER (1998), [«¿América como exilio para los valores caballerescos?: apuntes sobre la Numancia de Cervantes, la Araucana de Ercilla y algunos textos americanos en torno al 1600»](#), *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. J. Whicker, Birmingham, University, III, pp. 194-203.
- E. SOLAR CORREA (1933), «Alonso de Ercilla 1533-1594», *Semblanzas literarias de la Colonia*, 3ª ed., Buenos Aires-Santiago de Chile, Francisco de Aguirre, 1969, pp. 3-32.

- M. STOOPEN GALÁN (2010), [«La figura del histor en *La Araucana*, de Alonso de Ercilla»](#), en *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, ed. P. Civil y F. Crémoux, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervouer, s. p.
- E. VALERO JUAN (2011), [«Alonso de Ercilla y el Inca Garcilaso de la Vega: de la epopeya a la tragedia»](#), *América sin Nombre*, 16, pp. 7-17.